

magnitud de las divergencias generales que en el seno de la humanidad se observan. Pero esta es una cuestión puramente antropológica, es decir, anatómico-fisiológica, que se sale del plan que hemos de seguir; por esto nos limitaremos á hacer algunas observaciones de carácter general, refiriéndonos para todo lo que son hechos concretos y explicaciones minuciosas, á la obra antropológica de Ranke (1). Partiendo de nuestro punto de vista etnográfico, que nos da á conocer las grandes y trascendentales diferencias que, por lo que hace á la civilización, ofrece la humanidad, nos hallamos, ante todo, en presencia de la cuestión de si quizás sería ventajoso examinar la noción de las razas civilizadas en relación con la humanidad, de una manera más detallada de lo que hasta ahora se ha venido haciendo, y darle una aplicación conveniente. De proceder así, puede preverse que se encontrarían en la estructura corporal de los pueblos civilizados cualidades producidas por la cultura y que, de otro lado, los cuerpos de los pueblos naturales acusarían, en muchos de sus rasgos, la influencia de un sistema de vida caracterizado por la carencia de todo aquello á que se suele dar el nombre de civilización. Gustavo Fritsch, que pertenece al número de aquellos anatómicos que han tenido ocasión de estudiar á los pueblos naturales en medio de su propia naturaleza, sienta el principio de que el desarrollo armónico del cuerpo humano sólo es posible bajo la influencia de la civilización; y al leer las descripciones que hace de los hotentotes, de los bosquimanos y aun de los cafres, se adquiere el convencimiento de que entre ellos son raros los cuerpos desarrollados y plásticamente bellos, mucho más raros que entre nosotros que pasamos por hombres civilizados y caducos por ende. Añade textualmente en cierto párrafo «que el germano sano y normalmente desarrollado, es superior, así en las proporciones, como en la fuerza y plenitud de las formas, al a-bantú, de acabada estructura corporal.» Y podría aún añadirse que estos bantús son, dentro de la rama de los cafres, de los cuales se habla allí especialmente, una de las tribus más robustas y más bien formadas del Africa. En nuestros tiempos hemos oído con frecuencia emitir juicios análogos y hoy en día no podría pasar, como figura retórica, sin objeción, aquella frase de un etnógrafo americano que decía que el indio era el mejor modelo del Apolo de Belvedere. Algunos, profundizando más en sus investigaciones, han encontrado en el esqueleto diferencias que atribuyen á la influencia de la civilización por un lado y por otro á la de la vida incivilizada. Virchow ha calificado á los lapones y á los bosquimanos de razas patológicas, es decir enfermas, degeneradas por el hambre y por la miseria. Pero el experimento más importante para determinar el valor de la diferencia de razas, experimento que la ciencia es harto pequeña para hacer y que sólo la historia del mundo puede realizar, sigue todavía su curso, no siendo nuestra generación la que haya de presenciar el resultado. La atracción de las llamadas razas inferiores á las esferas de la cultura de las superiores y la desaparición de las barreras que en otro tiempo hubieron de ser condición para esta atracción, no es solamente el más glorioso timbre de nuestro siglo, sino que á la par constituye un acontecimiento del mayor interés científico. Por vez primera se han hecho accesibles á millones de seres pertenecientes á la raza negra, considerada como la más baja, todas las ventajas, todos los derechos y todos los deberes de la civilización, no habiendo ahora obstáculo alguno que la impida aprovecharse de todos los medios de cultura que son necesarios para una transformación (y

(1) Juan Ranke, *El hombre* (Leipzig, Instituto Bibliográfico, 1886).

en esto estriba especialmente el interés antropológico de este paso). Si hoy pudiéramos afirmar con cierta seguridad, lo que en una serie de generaciones llegarán á ser esos 12 millones de esclavos negros que durante los últimos 15 años han adquirido la libertad en América y que aprovechándose de ésta y de las más modernas conquistas de la civilización, pueden haberse, para aquella época, multiplicado hasta alcanzar el número de 100 millones; tendríamos resuelta de una manera segura la cuestión de la influencia que la cultura ejerce en las diferencias de raza. Pero por de pronto hemos de contentarnos con indicaciones y con hipótesis.

Pasamos por alto algunas observaciones que recientemente se han formulado respecto de la modificación de otras diferencias de raza debida al cambio de condiciones exteriores (el hecho, por ejemplo, de perder su color los negros bajo la influencia de un clima benigno, y otros análogos), contentándonos con manifestar la opinión de que todos los estudios comparativos de razas que durante los últimos años se han hecho, parecen encaminados más á disminuir que á aumentar la fuerza de las diferencias antropológicas de razas tradicionalmente aceptadas; y de que estos estudios no apoyan en manera alguna la teoría que considera á las llamadas razas inferiores como una transición de los animales al hombre. La analogía del hombre con los animales, bajo el punto de vista de la estructura corporal, no debe, en general, ser combatida con estas razones; pero debe serlo, en cambio, la opinión de que unas partes de la humanidad son mucho más semejantes á los animales que otras. Estúdiense el pueblo que se quiera de cualquier raza y siempre se encontrarán rasgos que pueden llamarse animales; y otra cosa no puede ciertamente suceder. Como el hombre, en su estructura corporal, ha conservado tanta analogía con el mono que hasta algunos modernos sistemáticos, que sólo dan importancia á estas cosas, han podido, sin que fuera dado tacharles de ilógicos, volver á la clasificación de Linneo que coloca á la especie *Homo* junto con los monos en un orden de *Primates*, basta hacer una reducción en la parte espiritual de la naturaleza humana para demostrar claramente, en algunos conceptos, la animalidad de los fundamentos substanciales. Todos nosotros estamos desgraciadamente familiarizados con la idea de que el hombre oculta una bestia: el gusto «animal», el embrutecimiento y otras locuciones sobradamente admitidas, únicamente demuestran con cuánta frecuencia se siente nuestra imaginación atraída por tales comparaciones. La familia de indígenas australianos hambrientos que roba al buitre una carroña por éste cazada, y que le pertenece en virtud de todos los derechos de la naturaleza, y cual manada de envidiosos y codiciosos chacales se lanza sobre el botín, devorando sin cesar hasta que el estómago excesivamente repleto provoca el sueño; demuestra literalmente su embrutecimiento, pues los que así obran padecen de atrofia del alma, que constituye la cualidad principal del hombre. Por esto no nos admira que los viajeros que recorren el Africa, comparen á los grupos de bosquimanos, que sólo ven en aquel extranjero, sea blanco sea negro, un enemigo, con los chimpanzés y con los orangutanes.

Sin embargo, no debiéramos ensañarnos sistemáticamente con estos pobres pueblos naturales, á quienes la naturaleza no ha dado más aptitud que á nosotros para asemejarse á los animales. Esta triste aptitud de parecerse ó poderse parecer á los animales, la tienen desgraciadamente todos los hombres, más ó menos, dependiendo esto en mayor ó menor escala del grado de la aptitud del disimulo, condición propia de la civilización, es decir, de que aquella se manifieste

te más ó menos clara y frecuente. La civilización es la única que puede trazar el verdadero límite entre nosotros y los pueblos naturales, pudiendo afirmarse rotundamente que la noción de pueblos naturales nada tiene de antropológica, ó sea anatómico-fisiológica, sino que es puramente etnográfica, es decir, noción de civilización. Los pueblos naturales son pueblos de civilización pobre, y puede haber pueblos de todas las razas y de todos los grados de aptitud natural

que no hayan llegado todavía á la civilización ó que hayan retrocedido en el camino de ésta. Los antiguos germanos y galos no eran, respecto de los romanos, menos pobres en civilización de lo que respecto de nosotros lo son los cafres ó los polinesios, y una gran parte de lo que hoy figura en Rusia como población civilizada, era aún, en tiempo de Pedro el Grande, simplemente pueblo natural.

En realidad, el abismo que, abierto por la diferencia de



Ainos, copia de fotografía

civilización, separa á los dos grupos de la humanidad es, así en su profundidad como en su anchura, completamente independiente de la magnitud de la diferencia entre las aptitudes de los mismos. Téngase presente que en todo aquello que constituye la elevación en los grados de cultura, es decir, en todas las esferas de civilización de un pueblo, influyen una porción de eventualidades que nos han de poner sobre aviso en todas las tentativas que hagamos, para no deducir de ellas consecuencias relativas á las dotes corporales, espirituales y de sensibilidad de un pueblo. Algunos pueblos dotados de relevantes cualidades pueden ser muy poco civilizados y producir por esta causa la impre-

sión de que ocupan, dentro de la humanidad, un nivel muy bajo. Los chinos y los mogoles pertenecen á la misma raza, y sin embargo, ¡cuán diferente es la civilización de unos y otros! Mayor todavía se presenta esta diferencia si, en vez de los mogoles, tomamos por término de comparación á cualquiera de las tribus bárbaras que en las provincias fronterizas de la China se sustraen á la corriente civilizadora que por todos lados les rodea y que pronto habrá de envolverles. Según recientes investigaciones, parece que los ainos, habitantes primitivos de las islas japonesas septentrionales, tienen más puntos de contacto con nosotros, raza caucásica, que con la mogola; y sin embargo, son hombres

naturales y como tales considerados por los japoneses, al paso que los mogoles y los japoneses malayos, por cuyas venas corre no poca sangre mogola, son, con ellos comparados, un pueblo altamente civilizado. Como se ve, las razas nada tienen que ver con la posesión de la civilización. Ciertamente sería verdadera locura negar que, en nuestra época, la más elevada cultura está principalmente representada por la raza caucásica ó blanca; mas por otra parte es un hecho tan importante y por muchos conceptos consolador, el de que de muchos siglos á esta parte preside en el movimiento civilizador la tendencia de atraer á todas las razas á las cargas y á los deberes que el mismo entraña, tomando verdaderamente en serio la idea de «humanidad», cuya posesión ha sido por todos celebrada como una cualidad distintiva del mundo moderno y en cuya realización práctica son muchos los que todavía no creen. Si dirigimos nuestra vista más allá del reducido espacio que llenan los acontecimientos y que se denomina historia universal, nos encontraremos con individuos de todas las demás razas como representantes de la historia primitiva ó prehistoria. Su propia diseminación y aquellas antiguas huellas de cultura no significan otra cosa.

Pero ¿cuál es la diferencia esencial que separa á los pueblos naturales de los pueblos cultos? Los partidarios de la teoría evolucionista se encaran con nosotros al formular esta cuestión y la declaran resuelta desde hace mucho tiempo, pues ¿quién puede poner en duda que los pueblos naturales son «las primitivas capas de la humanidad que se han conservado hasta nuestros días?» Son restos de períodos faltos de cultura, por encima de los cuales han pasado otras partes de la humanidad que, en la lucha por la existencia, han llegado á mayor altura y se han asimilado ricos elementos de civilización. Ante esta opinión, formulamos nosotros la siguiente pregunta: ¿en qué consisten estos elementos de civilización? Nadie podrá negar que el lenguaje, la religión, las instituciones políticas y las económicas son cuatro secciones naturales, dentro de las cuales pueden agruparse todas las actividades y todas las cosas que constituyen la civilización ó que de ella derivan. La razón es el fundamento de todas ellas y, como ellas, es patrimonio común de la humanidad. Se ha querido dar la preferencia al lenguaje y á la religión como manifestaciones en cierto modo más nobles que las demás, y considerarlas como más ligadas con la razón, siguiendo aquellas palabras de Hamann: «sin lenguaje no habría razón, sin razón la religión sería imposible, y sin estos tres elementos esenciales de nuestra naturaleza, faltarían el espíritu y el lazo social.» Ciertamente que el lenguaje ha ejercido incalculable influencia en el desenvolvimiento del humano espíritu. Herder dice: «es preciso considerar á los órganos fonéticos como timón de nuestra inteligencia, y al lenguaje como llama celeste que inflama nuestras ideas y sentimientos.» No es menos cierto que la religión de los pueblos poco civilizados, encierra todos los gérmenes que más tarde han de formar la frondosa y fértil selva de la vida espiritual de los pueblos cultos, siendo arte y ciencia, teología y filosofía á la vez, de tal suerte que no hay, en esta vida sencilla, ningún esfuerzo que tienda á lo ideal, que no venga dentro de ella comprendido. De los sacerdotes de estos pueblos puede decirse, en el verdadero sentido de la palabra, que son los guardadores de los secretos divinos. La posterior difusión, siempre creciente, de estos secretos entre el pueblo, es decir, su popularización, en la acepción más lata, constituye el carácter más evidente y más marcado del progreso civilizador. Mientras ninguno de nuestros semejantes pone en duda que la razón es patrimonio común de los

hombres de todas las razas, sea cual fuere el grado de cultura en que se encuentren, y mientras la presencia, en todas partes, del lenguaje es un hecho cuya fuerza ha venido á aumentarse en nuestros días por el reconocimiento de que las lenguas sencillas no corresponden siempre á los pueblos menos cultos, ni las más ricas á los más civilizados, como antiguamente se creía; son muchos los que todavía dudan de la presencia de la religión entre los pueblos naturales. Una de las cosas que en las siguientes páginas nos proponemos, es demostrar, por medio de hechos reales y positivos, lo infundado de tal opinión. No creemos incurrir en ninguna contradicción al sentar como hecho positivo la existencia universal de un grado más ó menos superior de religión. Por lo que hace á las instituciones políticas y económicas, son de notar grandes diferencias de cultura en aquellos pueblos que llamamos naturales, de lo cual hemos de deducir que dentro de este múltiple y heterogéneo complejo de tales pueblos, debemos buscar no sólo los orígenes, si que también una gran parte del desenvolvimiento ulterior de la civilización; siendo no menos cierto que las causas de esas diferencias han de explicarse más que por la variedad de aptitudes, por la gran divergencia de las condiciones en que esos pueblos naturales se han desarrollado. Los observadores imparciales se han encontrado más veces, al estudiar estas cosas, con afinidades que con diferencias. «Es admirable — exclama Chapman al estudiar las costumbres de los damaras — la analogía que existe entre las costumbres y usos de la familia humana por el mundo diseminada. Las mismas costumbres de los damaras guardan gran analogía con las de los neozelandeses, como lo prueban la de romper los dientes anteriores y la de cortar el dedo meñique.» Menos sorprendente es la semejanza



Muchacha betschuana, según fotografía que posee el Dr. Holub

con los betschuana — referida por el propio viajero — semejanza que llega hasta el punto de que usan, como aquéllos, locuciones poco comunes, tales como «¿soy por ventura un río?» pregunta que hace un criado cuando se le encargan varias cosas contradictorias, y otras por el estilo. Como la esencia de la civilización estriba primero en un cúmulo de experiencias, luego en la firmeza con que sabemos apropiarnoslas, y finalmente en la aptitud de desenvolverlas y de aumentarlas relativamente, se nos ocurre, ante todo, esta pregunta: ¿cómo puede realizarse la primera condición fundamental de la cultura, es decir, la acumulación de elementos de civilización en forma de habilidades, de ciencia, de fuerza y de capital? Tiempo hace que la opinión reconoce unánimemente que el primer paso para ello es la tran-

sición desde la completa independencia de todo cuanto la naturaleza ofrece espontáneamente, á la utilización consciente de los frutos de la misma más importantes para el hombre, por medio de su propio trabajo, y especialmente de la agricultura y de la ganadería. Esta transición abre de un solo golpe la puerta de todas las posibilidades más remotas de la civilización, siendo, sin embargo, de notar que media una gran distancia entre ese primer paso y lo relativamente conseguido.

Háblase también de pueblos «sin historia», y esta calificación merece examen especial. El espíritu del hombre, y aun el de los pueblos de todas las naciones, presenta gran-

des divergencias, así por lo que respecta á diversidad de aptitudes, como por lo que hace á las diferencias de influjos que en él ejercen las circunstancias externas. En cuanto estas circunstancias pertenecen al grado de cultura, difiérense principalmente entre sí por el grado de cohesión interior, de firmeza ó de duración que afecta al patrimonio intelectual. La falta de cohesión, la disgregación de este patrimonio, caracteriza á los pueblos poco civilizados, de la misma manera que su cohesión y, por consiguiente, su inalienabilidad y su fuerza de acrecimiento distinguen á los que poseen una cultura superior. Este antagonismo se nos presenta en todo, empezando por el más inferior sis-



Hotentotes (de una fotografía que posee el Dr. Fabri de Barmen)

tema de viviendas, que hace á muchas tribus — faltas de habitaciones fijas — de la misma condición que algunos animales; siguiendo por el sistema de vida, que aun en los más fértiles territorios se ve expuesto á los grandes contrastes de superabundancia y de carencia; y terminando por la falta de tradición que impide á estos pueblos no sólo formarse idea, durante un período largo, de su anterior suerte, si que también fortalecer y aumentar su patrimonio intelectual, sea por las conquistas de algunos espíritus sobresalientes, sea por la adaptación y conservación de esfuerzos ajenos. Si todo ello no es simple farsa, en esto estriba el fundamento de la mayor y más trascendental diferencia que existe entre los pueblos. Este aserto parece ser combatido por aquellos que nos hablan de pueblos con historia y de pueblos sin ella, siendo realmente cierto que los vacíos y la corta duración, cuando no la falta completa, de la tradición, imposibilitan á los pueblos naturales de tener lo que conocemos con el nombre de historia. Mas no por esto ha de decirse que no tienen historia, pues los sucesos que en ellos han debido de tener lugar, no han sido perdidos por el simple hecho de no haberse guardado memoria de los mismos. Rechazaremos, pues, esta distinción, porque la esencia de la historia consiste en los hechos acaecidos, no en el recuerdo y conservación de los mismos.

Es muy difícil designar como tesis y antítesis esta diferencia que abarca la totalidad de la vida, sobre todo teniendo en cuenta que la humanidad es demasiado movable y cambia con sobrada frecuencia para que puedan trazarse dentro de la misma líneas divisorias muy marcadas. Esto no obstante, nos atrevemos á expresar esta diferencia con las palabras antitéticas de pueblos atomizados y pueblos organizados; precisamente la falta de cohesión en los primeros y la existencia de la misma en los segundos, parece ser lo que caracteriza esta profunda diferencia que resulta en la esfera de los hechos históricos y sobre todo en la esfera intelectual. La historia intelectual de la humanidad, como la social y política, representa asimismo, en primera línea, un movimiento de avance de un estado á otro; y realmente la naturaleza exterior es, en primer lugar, el elemento en el cual se educa el espíritu humano, esforzándose por establecer con él una relación cuyo último objetivo es formar en su interior una copia de la naturaleza, creando el arte, la poesía y la ciencia.

¿Qué son, pues, los pueblos naturales? Bajo el punto de vista de las razas, existe en ellos una gran variedad, pero no por esto forman un grupo de pueblos en el sentido anatómico-antropológico. Desde el momento en que disfrutan de los principales elementos civilizadores de la humanidad,

tales como lenguaje y en cierto modo religión, costumbres é invenciones, no se les puede colocar como grupo genealógico y antropogenético en la parte más baja del árbol genealógico de la humanidad, ni se puede calificar su condición de estado primitivo ó de estado infantil. Víctor de Strauss ha explicado perfectamente el profundo sentido de esta palabra «estado infantil de la humanidad,» expresión que menos comprenden aquellos que más se valen de ella: «Se habla del estado infantil de la más remota humanidad, y aun puede añadirse que razón hay para ello. Mas al expresarse así, hay que tener en cuenta que un niño, durante los primeros años de su vida, realiza un desenvolvimiento mucho mayor que durante los ochenta posteriores; que un niño, si está dotado de viveza, comprende todas las cosas y las madura interiormente, más rápida, enérgica é imparcialmente que cuando es adulto; y no se olvide que aquellos seres antiguos, con estas y otras ventajas de la infancia, van creciendo hasta llegar á ser hombres y ancianos dotados de intuición, de pensamiento y de reflexión.» Hay una gran diferencia entre la falta de madurez del niño y la poca madurez del adulto que ha quedado estacionado por lo limitado de las relaciones de su vida en muchos conceptos. Los que denominamos pueblos naturales están muy cerca de esto último, pero distan mucho de lo primero: los llamamos pueblos pobres de civilización, porque varias causas internas y externas les han impedido realizar aquellos desenvolvimientos permanentes en el terreno de la cultura, que son los que caracterizan á los verdaderos pueblos civilizados y garantizan el progreso civilizador. Mas no por esto nos atreveremos á llamarles pueblos sin cultura, por la sencilla razón de que no carecen de los primitivos elementos civilizadores — lenguaje, fuego, armas, víveres — que son los que permiten subir á un peldaño superior; y de que la posesión de estos medios y de otros muchos, entre los cuales pueden citarse los animales domésticos y las plantas de cultivo, acusa muchos puntos de contacto con los verdaderos pueblos civilizados. Las causas por las cuales no aprovechan estos dones son muchas y de muy diversa índole. Entre ellas suele ponerse en primer lugar la deficiencia de aptitudes espirituales, pero esto, que podrá ser muy cómodo, dista mucho de ser equitativo. Cierta que dentro de los pueblos naturales encontramos gran diferencia en punto á aptitudes, y que en el curso del desenvolvimiento civilizador, los pueblos dotados de más relevantes cualidades se han ido asimilando cada vez más los elementos de cultura, dando á sus progresos un carácter de firmeza y de seguridad, mientras que los pueblos menos aptos han quedado atrasados; pero respecto de esta acción de progreso ó de atraso deben reconocerse claramente y apreciarse las causas exteriores, por lo cual es más justo y más lógico mencionarlas en primer lugar. Nos explicamos por qué las residencias de los pueblos naturales se encuentran principalmente en las comarcas frías y en los países muy cálidos, en solitarias islas, en montañas apartadas, en territorios pobres y yermos; y

comprendemos su permanencia en aquellas regiones de la tierra que, como Australia, los países del Polo Norte y una parte de América, ofrecen tan pocos elementos al desarrollo de la agricultura y de la ganadería. El carácter de inseguridad que revisten los recursos, desarrollados de una manera incompleta, con que cuentan, constituye una pesada cadena que ata sus pies y les impide moverse fuera de un espacio limitado. Sigue, luego, el escaso número de estos mismos recursos, de cuya escasez resulta la de sus aptitudes intelectuales y corporales, la falta de hombres notables, la ausencia de aquella benéfica presión que, en la actividad y previsión de cada individuo, ejercen las masas que le rodean y que contribuye también á la división de la sociedad en clases, y la utilización de la división del trabajo que tan excelentes resultados produce. Aquella inseguridad de recursos es, en parte, causa de la poca firmeza de los pueblos naturales, del carácter nómada que á todos les caracteriza, aun en aquellas ocasiones en que un laboreo asiduo parece tenerlos encadenados al terruño, estado que promueve asimismo lo incompleto de sus instituciones políticas y económicas, las cuales no ofrecen garantía alguna de duración y no pueden, por lo mismo, dar firmeza alguna al sistema de vida de estos pueblos. De aquí nace, á pesar de ser muchas veces suficientes y buenos los elementos de cultura, una vida incoherente, fraccionada, diseminada, enervante y estéril; una existencia sin fuertes lazos de unión y un porvenir incierto, consecuencia de un incierto pasado. Toda generación comienza en ellos desde abajo, porque toda la experiencia de sus antepasados muere con estos: el hoy no sabe nada del ayer y el mañana no saca ninguna enseñanza del hoy: su vida es, pues, una vida sin cohesión y, por ende, sin desarrollo seguro; no aquella vida en la cual se desenvuelven los gérmenes de la cultura, que ya en los comienzos de lo que llamamos historia han aparecido en muchos casos de una manera exuberante; sino que es más bien una vida llena de decadencias y de vagos recuerdos de esferas de cultura, posteriores, en parte, á los comienzos de nuestra historia.

El que quiera estudiar el origen de la civilización ha de cuidar mucho de no confundir los pueblos de civilización primitiva con los actuales pueblos naturales. Para explicar en globo y en pocas palabras la situación en que se encuentran dichos pueblos respecto de aquellos de los cuales formamos nosotros parte, diremos: bajo el punto de vista de la civilización, constituyen dichos pueblos una capa inferior á la nuestra; pero por su conformación y aptitud naturales son, en parte — en cuanto es posible reconocerlo — iguales á nosotros. Pero esta estratificación no ha de entenderse en el sentido de que aquella capa constituye el grado de desarrollo inmediatamente inferior al nuestro y por el cual hemos debido pasar nosotros necesariamente; sino en el de que se compone así de elementos que han permanecido estancados, como de otros que han sufrido una desviación ó un retroceso.

ESENCIA, ORIGEN Y DESARROLLO DE LA CIVILIZACIÓN

¿Qué es la civilización? — Importancia que para la civilización tienen la conexión y el encadenamiento. — Noción de la «semi-civilización.» — Relación entre los elementos espirituales y los materiales de la civilización. — Bases materiales. — Germen espiritual. — Origen de la civilización. — Riquezas de la naturaleza. — Civilización y agricultura. — Condiciones climatológicas favorables. — Civilización y nomadismo. — Centros de civilización en las mesetas. — El elemento político en la civilización. — Zonas de civilización.

Con la palabra civilización ó cultura designamos comunmente la suma de todas las conquistas espirituales de una época; pero esta definición dista mucho de ser clara y fija. Hablamos de grados de cultura, de cultura baja y elevada, de semi-civilización y sobre todo ponemos frente á frente á los pueblos naturales y á los civilizados; de todo lo cual se desprende que, al estudiar las distintas civilizaciones de los pueblos que cubren la tierra, partimos de una medida determinada, y que esta medida no es otra que el grado de civilización alcanzado por nosotros. Para nosotros, la civilización no es más que nuestra civilización. Aun aceptando que realmente la manifestación más elevada y rica de esta noción se encuentra realizada en nosotros, ha de parecerse nos importantísimo, para el conocimiento de la materia de que tratamos, seguir el curso de este florecimiento á partir desde el germen del mismo. Y únicamente conseguiremos el objeto que nos proponemos, cual es conocer la esencia de la civilización, comprendiendo la fuerza impulsiva que desde los más mezquinos principios, ha ido desarrollando cuanto se resume en la palabra civilización.

Todos los pueblos poseen cualidades intelectuales y en su vida desarrollan algo espiritual: todos llaman suya á una suma de ideas y facultades que constituye su civilización, y la diferencia entre estas «sumas de conquistas espirituales» estriba no en su magnitud, sino en la diversidad de fuerza de crecimiento. Valiéndonos de una imagen que dará una idea clara de nuestro pensamiento, diremos que un pueblo culto nos parece un árbol corpulento que, creciendo constantemente durante muchos siglos, ha ido adquiriendo un tamaño y una consistencia superior á la bajeza y fragilidad de los pueblos incivilizados. Hay vegetales que en unos puntos son simples hierbas mezquinas que mueren y se reproducen todos los años, al paso que en otros se convierten en magníficos árboles. La diferencia consiste en la conservación de los resultados de esos crecimientos anuales, en la agrupación y fortalecimiento de los mismos. De la propia manera, este efímero crecimiento de los pueblos naturales, á los que sin razón se ha calificado de malezas de pueblos, hubiera producido algo permanente y hubiera podido cada generación aparecer en un peldaño más elevado, gracias al firme apoyo de lo realizado por las generaciones anteriores, si hubiera encerrado en sí misma una fuerza de conservación y de fortalecimiento. Pero esta fuerza, que es la más eficaz para conseguir la civilización, falta en aquellos pueblos, y esto hace que todas las plantas llamadas á crecer y prosperar, continúen arrastrándose por el suelo y vivan miserablemente y luchando por conseguir un poco de aquel aire y de aquella luz de que hubieran podido gozar abundantemente, si hubiesen sido más altas. Condorcet ha formulado claramente la terrible verdad en las siguientes frases, muchas veces copiadas, pero pocas desarrolladas, con

que describe al hombre natural en su *Esquisse d'un tableau historique*: «La inseguridad y dificultad de satisfacer sus necesidades, la transición necesaria del supremo cansancio al descanso absoluto, no dejan al hombre tiempo para que, abandonándose á sus pensamientos, pueda enriquecer su espíritu con nuevas combinaciones. Los mismos medios con que puede satisfacer sus necesidades, dependen demasiado de accidentes y de las estaciones, para que le sea dado crear una industria útil, cuyos progresos puedan ser conservados por la tradición y luego transmitidos: por esto cada uno de ellos se limita á desenvolver su habilidad particular.»

En esta limitación del individuo, que lo mismo existe en el espacio que en el tiempo, es decir que aísla lo propio á las cabañas, á las aldeas y á los pueblos entre sí, que á las generaciones de hombres que unas á otras se van sucediendo; en esta limitación, decimos, consiste la negación de la civilización: por el contrario, la cohesión de los que viven en un mismo tiempo y la conexión entre los que sucesivamente existen, hacen posible su desenvolvimiento natural. La unión de los contemporáneos de una misma generación asegura la base de la cultura; el enlace íntimo de las generaciones garantiza su porvenir. El desenvolvimiento de la civilización es un conjunto de tesoros que crecen por sí mismos siempre que velen sobre ellos las fuerzas conservadoras. En todas las esferas de la creación y acción humanas, encontraremos que la cohesión constituye el fondo de todo superior desenvolvimiento. Únicamente en virtud de esta poderosa cooperación, del mutuo auxilio, sea entre contemporáneos, sea de generación á generación, consigue la humanidad llegar al grado de civilización en que actualmente se encuentran los miembros superiores de la misma.

En el anterior capítulo hemos demostrado que la falta de cohesión es el signo distintivo de los pueblos naturales; de la misma suerte, podemos afirmar que el punto más esencial del mayor desenvolvimiento de la cultura, lo constituye la mayor y más íntima cohesión de todos los coetáneos entre sí y con las anteriores generaciones. Entre esos dos extremos desarróllanse todos los grados intermedios que designamos con la palabra, demasiado lata, de semi-cultura. Esta noción que, puesta entre aquellos dos extremos, parece por sí misma indicar «una idea intermedia», merece, sin embargo, que la dediquemos algunas palabras. Si en la civilización superior encontramos la confirmación más enérgica, así de las fuerzas conservadas como de las ampliadas y desenvueltas, en la semi-cultura están en completa actividad las primeras, al paso que las últimas, con su estancamiento, son causa de la inferioridad de dicha semi-cultura, inferioridad que en el mismo nombre ha de traslucirse. Las parcialidades é imperfecciones que caracterizan á la semi-cultura, afectan esencialmente al progreso intelec-